

diluvio, y diversas leyendas. Veneran al Oso, y los más fervorosos por nada del mundo comerían su carne; tienen como sagrados los buhos, los pájaros blancos y el águila en primer lugar. Un águila inmensa y prodigiosa produce los relámpagos abriendo y cerrando un ojo, y agitando las alas produce el trueno y el rayo. De él surgieron los apaches, pues éste se unió á la gran madre Ystal Naletché, la cual dió vida á Nahinéc Gané y á Toubal Lichiné, este último el antepasado, el héroe que con sus flechas mató la serpiente Pythón en el momento que este monstruo le iba á devorar (Malte Brun). Así es cómo los desgraciados apaches cuentan el gran mito del Águila y de la Culebra, de Ahi y de Indra, símbolo antiguo y grandioso que pertenece igualmente al antiguo y nuevo mundo, cuestión demasiado vasta y complicada para que nosotros podamos abordarla.

Algunos viajeros han negado á esas hordas todo sentimiento poético y religioso. Eso no es extraño. En asuntos de conciencia, los salvajes se callan cuanto pueden; no les gusta explicarse acerca de las cosas que les son íntimas, y los blancos niegan imperturbablemente lo mismo lo que no han visto que lo que no han sabido adivinar.

Los misioneros españoles intentaron convertir á esos desgraciados indios, pero tuvieron que renunciar por la misma razón que hizo fracasar tentativas análogas sobre los tasmanios cuando éstos existían aún. La enseñanza se dirigía á inteligencias limitadas, desprovistas de la facultad de abstraer que una larga cultura

ha desarrollado entre nosotros. Compréndase el embarazo de un honrado apóstol exponiendo la doctrina de la Resurrección en una lengua donde la idea de alma no tiene otro equivalente que la palabra «tripa». Para hacer comprender á esos salvajes que poseían una «alma inmortal», venía obligado á decir que ellos tenían en el vientre una «tripa que no se podría nunca». Les hacían contar hasta diez, pero no podían inculcarles el dogma de la Trinidad. ¿Cómo los reverendos padres hubieran traducido á su lengua, en la que el verbo ser no existe, la célebre definición del Padre Eterno: «yo soy El que soy»?

Los pieles rojas hablan muy poco, y menos que todos ellos los apaches, que prefieren explicarse por gestos. Se ha observado que sentados alrededor del fuego, sostenían una larga conversación sólo moviendo los labios (Coroados, Heusel); método adoptado para la enseñanza de los sordo-mudos. La lengua apache abunda en sonidos nasales y guturales y en chasquidos de la lengua, que los extranjeros no siempre consiguen imitar. El idioma es bastante desagradable, y no obstante, los mohaves, vecinos inmediatos, tienen un habla dulce y sonora, tan armoniosa como el italiano ó el japonés. Digamos de paso que carecen de todo saludo, de toda fórmula de bienvenida y de despedida.

Puesto que la moralidad, al menos en sus líneas generales, se mide por el desenvolvimiento de la inteligencia, no se extrañará encontrarla aquí reducida á sus rudimentos. Esos desgraciados no viven sino de

rapiñas; sus merodeos se complican con raptos y crímenes, y sus combates no son luchas, sino asesinatos. Rapiñas, crímenes y degollaciones, tal es su gloria; desprecian á los degenerados, á sus propios esclavos y á todos los que no saben vivir en la salvaje independencia del desierto. De entre todos los animales, creen ellos que los más fuertes y rápidos y los más bellos son los feroces y de rapiña, y en nuestra especie el más noble es el que caza al hombre.

Se les trata de burlones y pérfidos, adjetivos por los que se sentirían adulados; pero protestarían contra el de cobardes que se les prodiga. La valentía y la cobardía no son hechos de orden simple. Algunas cobardías tienen mucho de valentías. Es cierto que esos truhanes no atacan á nadie mientras no se sienten los más fuertes; no teniendo ningún gusto por la alta lucha, prefieren atraer al enemigo á una emboscada ó arrojarse sobre él por la espalda, procedimiento recomendado en la elevada estrategia y practicado por todos los animales de presa; esos cazadores han aprendido de la misma caza á ocultarse. Si hacen prisioneros se llevan consigo las mujeres y los hombres jóvenes, de los cuales tienen necesidad para llenar los vacíos que la muerte ó las aventuras producen en su campo y que los nacimientos no son suficientes para llenar, pues no son numerosos. Como consecuencia de las privaciones y de la vida muy ruda que llevan los padres, los niños nacen menos robustos que se supone; raramente tienen una constitución bastante fuerte para llegar hasta los cuarenta años. Varios blancos que habían

capturado y de los cuales apreciaron la fuerza y el valor, fueron obligados á procrear un retoño con una mujer joven de la tribu, con objeto de conservar la buena simiente. Pero el servicio prestado no siempre les ha indultado de la muerte y los tormentos; pues estos salvajes se deleitan haciendo sufrir á los prisioneros crueles suplicios; lo que Chateaubriand nos contó ya en su *Virgen de los últimos amores*.

Como crueles, lo son. Consignémoslo sin disculpa: los suplicios que ellos infligen, los saben soportar. Y no les parece mal que se los hagan sufrir si por desgracia se han dejado coger. Es preciso decir, para que todo sea tenido en cuenta, que casi la única distracción para ellos es la de ladrar á la luna, y que sienten la necesidad de algunos espectáculos más conmovedores. No pudiéndoselos procurar simulados, se entretienen con hechos reales, ya que carecen de teatros para dramas y melodramas. También ellos sienten la necesidad de contemplar á un héroe en lucha con la adversidad, «placer de los dioses», según la doctrina de los estoicos, el más hermoso espectáculo que le sea permitido al hombre contemplar. Lo cual explica el éxito de los autos de fe y otros mil tormentos que, ayer aun, infligíamos nosotros á los heterodoxos y librepensadores. Esos desdichados pieles rojas, careciendo de actores para reir y de verdugos delegados por la magistratura, se ven obligados á ir personalmente á arrancar la piel al mártir, á quemar por sí mismos al delincuente con fuego lento. Tengámoslo presente: cuando las funciones reparadores de la alimentación

están satisfechas, el animal humano no está aún satisfecho; la inteligencia y la imaginación hacen valer sus derechos; la sensibilidad no quiere permanecer inactiva y reclama su parte de emociones. «El hombre no vive sólo de pan.»

Como individuo, nadie menos embarazado que nuestro apache de toda especie de gobierno; ante nada ni ante nadie es responsable; hace siempre lo que quiere, es decir, lo que puede. En los casos de grandes expediciones, se agrupan bajo el mando de un camarada cuya autoridad personal se impone, y la cual acaba cuando ha terminado la empresa. Si las hostilidades se prolongan, es natural que la autoridad del jefe se acrecienta con frecuencia más de lo debido. Algunas tribus se precaven contra ese peligro reconociendo una autoridad puramente moral á los *sachems* ó Jefes de la Paz, personajes siempre distintos á los capitanes de orden militar; institución de las más interesantes, pero que no se sabría estudiar útilmente en esas hordas diseminadas.

Como manifestación la más elevada en la vida pública en esos desiertos, estos primitivos celebran las neomanías. En todo cuanto puede saberse, la veneración á la luna ha precedido en todas partes á la del sol.

La noche de la fiesta encienden fogatas en varias partes. Observemos á este propósito que la mayor parte de las tribus indias, sino todas, parecen haber venerado al fuego, al menos en algunos ritos. Se han provisto de tabaco y una bebida embriagadora compuesta

con jugo de cactus ó con granos hervidos y fermentados, y si no fumarán y se emborracharán, no se creerán dignamente preparados para un acto religioso. Acostados ó en cuclillas, esperan con profundo silencio la aparición de la reina de la noche. En cuanto ésta aparece en el horizonte, gruñen en coro, imitan los gritos del coyote husmeando la carroña, y las bandadas de estos animales no tardan en contestarles en la lejanía. Esa perfecta imitación es el provecho de una larga práctica. Varios de sus dialectos no tienen más que una sola y única palabra para designar el canto del hombre y el aullido de los perros de las praderas; algunos viajeros han encontrado perfecta analogía entre la lengua del hombre y los gritos del animal. Poco á poco las voces aumentan, estallan en gañidos; diríase una jauría de caza, ó ladrando á la luna, lo cual es lo mismo. El concierto continúa por el gruñido del lobo, hiena y el rugido del oso, los bramidos del ciervo y los gritos de todos los hermanos y primos del mundo animal, los relinchos del caballo y del mulo, los rebuznos del asno, y entonces ríen todos, ó más bien gruñen, pues la risa implica tal vez una mentalidad superior á la que alcanzan estos salvajes, degradados por la miseria. Por otra parte, los pieles rojas no se sienten muy inclinados á la alegría; los de la América del Norte pasan por muy melancólicos y los de la América del Sur por tristes.

«El indio, dice Wienes, está siempre triste. Triste en la iglesia, triste aparejando su caballo, triste acurrucándose en el umbral de la puerta, triste bebiendo,

triste bailando, triste cortejando á su dama; hasta su canción de amor no es más que un prolongado gemir.»

No obstante, de acto en acto, de escena en escena, los gritos se hacen más desordenados, y ayudados por la bebida, la representación degenera en una algarabía que no cesa hasta el amanecer.

A pesar de su ridiculez, nosotros vemos en esa representación un acto religioso, un verdadero misterio. Esos cazadores se dirigen á lo sobrenatural para que les ponga en relaciones con los animales, con objeto de que la caza abunde, prospere y se deje coger. Nosotros tomamos esa solemnidad por una equivalente de la «Danza del Bisonte» descrita por Catlin y practicada por los mandanas y la mayor parte de los pieles rojas; de la «Fiesta de las Vejigas», á la cual hemos asistido entre los aleutas, y por los regocijos «del ciervo» que los antiguos romanos, disfrazados de fieras salvajes, celebraban en las lupercales y saturnales de año nuevo. Los descendientes de los celtas, germanos y escandinavos emplearon mucho tiempo para olvidar esa costumbre, bajo la presión de la Iglesia cristiana, la que por sus concilios y sínodos, sus homilias y penitencias, no cesaba de amonestar y castigar á los supersticiosos que en Navidad ú otros días se obstinaban en correr la vaca, el gamo ó el novillo. Más descendiente la religión griega, consintió las mascaradas de carnaval, gran diversión de los mougiks, que se divertían de todo corazón. Todos los buenos sujetos y gente alegre de la aldea, envolviéndose en la piel y remedando el carácter de algún animal, se orga-

nizan en banda alegre acompañados de músicos, y celebran la peregrinación de las tabernas. Al frente de ellos, como es justo, el oso danza con su señora esposa en medio de sus oseznos locos y de sus oseznas retozonas. Luego el señor buey, con sus altos cuernos y con su corpulenta compañera, se presenta seguido de su numerosa familia de terneros y terneras. Después el lobo, la loba y los lobeznos, el zorro, la zorra y los zorrillos... forman rosario completo, y cierra la marcha un camello de joroba majestuosa.

Hemos hablado de los apaches como de un pueblo aun existente y siempre agitado; pero en realidad casi no existen. Mientras no eran más que salvajes, su población se mantenía tal cual era, no obstante la escasa fecundidad de las mujeres y á pesar de las eventualidades de los combates; pero cuando desde la cumbre de sus montes distinguieron en el horizonte el penacho de las locomotoras, su condena á muerte fué pronunciada. Deseosa de gozar, devorada por los deseos, inventándose necesidades, nuestra civilización extirpa los pueblos invadidos porque no pueden adaptarse instantáneamente á la transformación que le costó á ella una veintena de siglos. Por eso los pueblos cazadores, tales como los pieles rojas, rechazan nuestra cultura; no porque no sean inteligentes, sino porque su inteligencia se encierra sólo en una especialidad: nacido cazador, el apache morirá cazador.

Además es nómada, y, como dice la sabiduría de las naciones, «piedra que rueda no fecunda hierba». Mientras que el cuerpo no tiene residencia fija, el espíritu encontrará difícilmente su alimento, se acostumbra con mucha dificultad á las reflexiones prolongadas y á los pacientes estudios que arrancan á la naturaleza sus secretos. Sin poner severidad en nuestros juicios y sin pretender rebajarle hasta la bestia, se puede dudar que la inteligencia del apache sea verdaderamente superior á la del castor, ó siquiera igual á la de las hormigas, que saben recolectar granos y saben sembrarlos. A uno de esos centauros se le preguntaba por qué no sembraba maíz para ponerse al abrigo de las eventualidades de la caza, según lo hacían desde tiempo inmemorial los pueblos que él conocía bien. «¿Sembrar maíz? ¿Para qué, para que los camaradas se coman la cosecha en hierba antes que haya madurado?» (Loew).

Ni saben ni quieren cultivar, pero en cambio toman ó arrasan lo que cultivan los demás. Los *farmers* están descontentos con el gobierno de Wáshington porque preconiza, oficialmente, una política humana; porque concentra á los apaches en una parte del territorio que antes les pertenecía por entero, y les paga una anualidad de mil quinientos francos, con gran provecho de los comisarios. Pareceles que eran más viriles y decididas las medidas del gobernador mejicano de Chihuahua, que había puesto precio á la cabeza de esos bandidos: quinientos francos por adulto macho; doscientos cincuenta francos por mujeres y ciento vein-

ticinco francos por niño. Los cazadores de cabezas se pusieron en campaña, presentando gran cantidad de esos despojos, pero se prescindió de sus servicios cuando se notó que presentaban demasiadas cabezas sospechosas, pues los blancos parece que eran más fáciles de asesinar que los indios. La Arizona, Sonora y California decidieron matar á todo indio que se presentase á tiro de carabina. En 1864, los Caras Pálidas organizaron una expedición contra los payutas, de los cuales mataron doscientos individuos en una «espléndida batida», forzándoles á ahogarse en el lago Owen. Dos años después las autoridades de Humboldt City convinieron un tratado estipulando que los sobreviviesen vinieran obligados á liquidar su cuenta en el término de siete días, so pena de muerte contra todos los morosos: «Ese tratado no puede ser más favorable á los indios,» declaraba un periódico del distrito. El 30 de Abril de 1871, después de algún encuentro, las tropas federales condujeron algunos apaches prisioneros. Eso fué un gran festival para los colonos de la región, los cuales acudieron de todas partes, y arrojándose sobre los cautivos degollaron un centenar en la primera acometida.

Contra los apaches, dice Silvestre Mowry, no hay distintos medios de proceder: es necesaria una campaña bien razonada y pacientemente conducida. Desde el momento que se les ve, que se les cace hasta sus montes, que se les hostilice en sus recintos encerrándolos y condenándolos al hambre. Que se obtiene una rendición enseñándoles banderas blancas ó de otro modo,

pues tan pronto cogidos, fusilados. Contra ellos todo medio es bueno, venga de Dios ó proceda del hombre. El método podrá sorprender á un filántropo; hacia un hombre de fibra tan sensible siento alguna piedad, pero ningún respeto. Yo le aconsejo no emplear toda su simpatía para el apache y reservarse alguna para el tigre y la serpiente de cascabel.»

Esos consejos eran fáciles de seguir. Los blancos recurrieron á todas las traiciones, á todas las crueldades. El envenamiento por la estricnina, la infección de la viruela, son otros tantos hechos de nuestros civilizadores, forman parangón con las bridas adornadas con cuero cabelludo que ellos mismos habían arrancado, con dientes afilados extraídos á las mujeres aun vivas. En Deuver, cierto día, un voluntario entró llevando en la punta de un bastón el corazón de una india. Después de haberla asesinado de un tiro, la había abierto el pecho para arrancarle el trofeo que por las calles de la ciudad saludaron con aclamaciones los burgueses. Otra tarde se vió llegar á Jack Dunkier, de Central City, llevando en su arzón un muslo de indio. El tal personaje afirmaba no haber tenido otro alimento durante dos días. Nadie creyó una palabra, ¡pero qué síntoma es el de esa fanfarronada! Otro sujeto se envanecía afirmando que había asado y comido chuletas humanas.

Conclusión: En 1820 se evaluaban á veinte mil los adultos varones apaches; cincuenta años después, el número alcanzaba apenas cinco mil.

Ladrones de caballos y de carneros, sólo se les perdona-

rá su pecado cuando haya sido exterminado el último. Lo que el propietario pecuario odia más en el mundo es al lobo, y sobre todo si éste tiene forma humana. Raza errante, hambrienta, alterada, perseguida; raza resistente, astuta y apasionada, indomable ante la fatiga y los sufrimientos... el apache, pueblo lobo, correrá la misma suerte que éste. El lobo perecerá devorado por el carnero: éste no es lo que cree un pueblo vano. El carnero avanza irresistible, cazando á su paso tigres y leones, cazando hombres.

— ¿Hombres?

Sí, hombres. Pregúntese á esos miles de ingleses, á esos miles de escoceses, á esos miles de irlandeses, que han tenido que arrojarse al mar retrocediendo ante los rebaños de carneros propiedad de algunos nobles lords, grandes propietarios pecuarios.

FIN DEL TOMO PRIMERO



